

LA CONVERSIÓN CRISTIANA

*Es cierta y digna de crédito esta afirmación:
Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los
pecadores, el primero de los cuales soy yo.
(1ª Tim 1,15)*

¡Alegría de ser un pecador,
para que Cristo sea mi Salvador!

La vida cristiana como constante conversión

La Cuaresma es, entre sus contenidos y objetivos principales, una llamada a la conversión. Pero es preciso que redescubramos, para los hombres y mujeres de hoy, qué se encierra en esta palabra *-conversión-*, tan mal llevada y mal traída tanta veces, y que, sin embargo, es fundamental para entender y vivir la vida cristiana. En los comienzos de la cuaresma, confiamos en que esta meditación pueda despertar en alguien la conciencia de que necesita convertirse, vivir la conversión del corazón.

Jesús comienza su predicación en Galilea, anunciando el Reino y llamando a la conversión. Y, en ambas cosas, se encierra la Buena Noticia: aceptar que el Reino ha llegado y que se precisa la conversión para entrar en él (Mc 1,14-15).

La vida cristiana es una llamada constante a la conversión. Nadie se convierte de una vez para siempre. Antes bien, somos *conversos*, es decir, en camino constante hacia Cristo, que nos llama siempre a algo mejor, a una gracia nueva. Por eso, dice san Pablo: *desde el punto al que hayamos llegado, sigamos adelante* (Fil 3,7-21).

Cada gracia aceptada nos abre el espacio de otra gracia mayor. La santidad de la vida cristiana consiste en colaborar con la gracia recibida; es decir, reconocer y agradecer cada una de las gracias que se me otorgan, cuidando mucho de no desperdiciar tan grandes tesoros.

Toda gracia teologal es algo de la Vida Divina que Dios comparte conmigo.

Es por esto por lo que afirmamos de entrada que la conversión es don y tarea. Algo que Dios hace en mí y que yo hago con Él.

Lo más hermoso de la gracia de conversión es que abre ante mí un camino en el que ya nunca me encontraré solo. Siempre Él conmigo, Siempre yo con Él. Pero la iniciativa, la fuente, está siempre en Él. ¡Es Él mismo!

La conversión como gracia siempre nueva

Sólo, pues, aceptando, colaborando, con la gracia de la conversión, podemos llegar a un encuentro personal, vivo y vivificador, con la persona de Cristo.

Hablamos de la conversión como de una gracia siempre nueva. ¿En qué sentido?

Nueva, porque la gracia de Dios nunca puede ser vieja, es decir, gastada, anticuada, pasada, sin fuerza ni belleza. Es una gracia más que suficiente, en toda su pujanza, para ayudarnos a alcanzar las metas mismas que nos señala: nuestra identificación con Cristo.

Nueva, porque siempre responde al momento nuevo, actual, crucial, por el que estamos pasando; es decir, porque responde a lo que hoy soy, a lo que me está sucediendo aquí y ahora, a lo que en este preciso momento necesito para ser fiel a mí mismo y a mi misión en la vida.

Se trata, por tanto, de aquella gracia que me enseña a vivir en el momento presente.

Y, nueva, también, porque se me otorga para que llegue a ser una criatura nueva.

En sentido evangélico, ser una criatura nueva significa no dejarse llevar por los criterios y actitudes de este mundo "viejo", este mundo que pasa; sino tener como propios los valores permanentes que el Espíritu nos depara. Se trata de ese nuevo nacimiento del que habla Jesús a Nicodemo (Jn 3,1-8).

Dejarse, pues, guiar por el Espíritu de Libertad, que *no sabemos de dónde viene ni a dónde va*, pero sí sabemos que es el Espíritu del Señor Jesús, el Espíritu del Resucitado, y por tanto, el Espíritu de la Vida, de la Verdad y el Amor.

El Espíritu que nos enseña a vivir según Dios.

El que acepta la gracia de la conversión, tiene dentro de sí el Dulce Huésped del alma, fuente permanente de aliento y de renovación en todos los auténticos valores de la existencia humana.

Las opciones fundamentales de la metanoia

Equiparable al concepto de nuevo nacimiento del evangelio de Juan, aparece en Pablo el de μετανοια (1 cor 5,7; 2 cor 5,17; Ef 2,15. 4,23), cambio de mentalidad, a partir de las nuevas opciones fundamentales que, desde ahora, orientan toda la vida del seguidor de Jesús. Opciones que resultan ser muy distintas, muy alejadas, de los criterios comúnmente aceptados en el mundo superficial, convencional y huero, en que ordinariamente nos movemos, y del que ahora podemos salir, gracias a ese conjunto de nuevos valores que el evangelio nos ofrece, como verdadero sentido de una vida humana, plenamente realizada.

¿La opción fundamental de todo cristiano, que nos realiza como criaturas nuevas? *Procurar ponerse a disposición del Reino de Dios y su justicia, despreocupándonos de lo demás, porque todo se nos dará por añadidura* (Mt 6, 33). En ella, se nos promete el espíritu de las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12), y del Mandamiento Nuevo (Jn 13,34-35), como regalo que nos conforma al Corazón de Cristo.

En lenguaje práctico podemos decir que la opción fundamental que expresa nuestra sincera conversión (μετανοια), se realiza en esa jerarquía de valores que estructura nuestra vida real, y sin la cual vivimos de forma invertebrada. La conversión nos llama insistentemente a cuidar mucho que, en mi jerarquía de valores, los valores u opciones que no ocupan los primeros puestos, estén al servicio -subordinadamente- de los que sí los ocupan. De esta manera es como se garantiza que el Reino de Dios y su justicia, sea el valor fundamental sobre el que se construye mi vida.

Fenomenología de la conversión cristiana

Pero ¿qué es, en sí misma, la conversión? ¿Cómo se experimenta el fenómeno espiritual llamado conversión? ¿Cuándo y cómo se que yo ya estoy convertido?

Para mejor acercarnos al sentido evangélico de conversión, vamos a utilizar y analizar la definición de la misma que nos ofrece el Vaticano II (AD 13):

- *La conversión es ser arrancado del pecado,*
- *e introducido en el misterio del amor de Dios,*
- *que nos llama a la comunicación personal con Él en Cristo.*

1) *Ser arrancados del pecado*

Se nos dice, en primer lugar, que **la conversión consiste en ser arrancado del pecado**. Esto es, ser arrancado de las falsas concepciones de la vida, las concepciones basadas en el orgullo, la autosuficiencia, la violencia, la ambición, la mentira.

Para poder ser arrancado del pecado, es imprescindible reconocer lo que efectivamente hay de pecado en mí vida, y a la vez que sólo Dios con su gracia me puede liberar efectivamente de él.

Pero, ser arrancado del pecado, no hay que entenderlo meramente como que soy perdonado de mi culpas, ni mucho menos como que ya no voy a volver a pecar nunca más. Dicha liberación que obra la conversión en mi vida, consiste en liberarme de la seducción del pecado, que consiste en creermme que pecando voy a ser más libre y feliz. Liberarme también de la frustración del pecado, que consistiría en pensar que el pecado, por muy grave que sea, tiene poder para echar a perder mi vida.

Es cierto que, una vez liberado por la gracia de una sincera conversión, yo voy a seguir pecando. Pero mi pecado, me hará más humilde ante mis propios ojos y más grato, por tanto, a los ojos de Dios, que gusta más de la humildad del corazón que de sus autosuficiencias. La humildad del corazón me recuerda que nadie se salva a sí mismo, y que todos tenemos necesidad de todos.

Es San Pablo quien, con el testimonio de su vida, nos hace profundizar en esta hermosa verdad: aunque yo siga siendo un pecador a lo largo de toda mi existencia temporal, mi pecado no me aleja de Dios, con tal de que lo reconozca, lo confiese y sienta, gracias a él, la necesidad que tengo de la ayuda de los otros, de Dios y de los hermanos (2 Cor 12,7-10; Rm 7,13-25).

2) *Ser introducidos en el misterio del Amor de Dios*

Así es como **somos introducidos en el misterio del amor de Dios**, Padre de infinita misericordia: siendo liberados del poder de seducción y de frustración del pecado. Y, en consecuencia, reconociendo bajo la luz del Espíritu que me habita que, en el amor de Dios, radica el verdadero sentido y la auténtica libertad de mi vida de persona humana.

Porque Dios me ama tal y como soy, limitado y pecador, puedo vivir en paz conmigo mismo y con los demás. Puedo llegar a ser yo mismo, con una creciente fidelidad a mi personalidad más inalienable. Puedo alcanzar a ser feliz y fecundo, con una vida hermosa y útil a mi paso por este mundo. Gracias a esa conversión que me hace vivir de cara al amor de Dios por mí, siento que mi carne, mi realidad humana total, se rehace y reconforta con el paso del tiempo, como rejuvenecida en la fuente misma de la divinidad (Is 58, 1-12).

Cuando el Concilio nos habla de ser introducidos en el Misterio del Amor de Dios, nos está abriendo la puerta para que contemplemos ese exceso de amor; ese amor

más grande que nuestro pecado; ese amor más amor del que necesitamos para satisfacer nuestra necesidad de amar y ser amados. Misterio aquí es sinónimo de exceso. ¿Para qué tanto derroche de amor, cuando una gota de tu amor divino nos basta y nos desborda? (Rm 5, 17-21; 8, 31-39). Un verdadero cristiano es un naufrago, sin islote ni otro puerto posible, en el océano del amor de Dios.

3) *Tener un trato íntimo con Dios en Cristo*

Y, una vez inmersos en amor tan grande, nuestro vivir se desarrolla como **un trato íntimo con Dios en Cristo**. Tal es el objetivo último de la gracia de conversión: un trato con Dios sin ningún tipo de temor. Un trato con Dios caracterizado por la confianza y el abandono de un hijo en los brazos del Padre.

Trato íntimo, tierno, cariñoso..., que se expresa como conocimiento mutuo por entrega de amor.

Trato cordial que se desarrolla y experimenta en el corazón de los acontecimientos de la vida ordinaria. Dios me espera con su inmenso afecto en el ser y acontecer que va tejiendo el devenir de mi pequeña historia en comunión con la más grande de la entera humanidad.

Podríamos decir con plenitud de sentido que, la conversión, tienen como meta cumbre conducirnos a una vida de oración. En ella nos va transformando en otro Cristo, identificándonos más y más con el Hijo Amado de sus complacencias.

Y, no lo olvidemos, si el humano no acepta la gracia de la conversión, Dios no tiene las manos libres para actuar en su existencia temporal con todo su amor eterno.

La conversión como gracia personal

Si volvéis a Él de todo corazón y con toda el alma, Él volverá a vosotros, y no os ocultará su rostro (Tob 13,6), dice el libro sagrado, dejando así muy bien definido que la conversión, es un volver a Dios, un volvernos con Dios, allí mismo donde Él nos espera con su inmenso amor.

Se trata, pues, de responder con el interés de quienes se lo juegan todo, a esta pregunta fundamental en toda auténtica actitud religiosa:

¿Desde dónde me llama Dios a convertirme? ¿Hacia dónde me tengo que volver para encontrarme con Él?

1) Dios me espera en mi propia vida, en mi existencia personal concreta, donde Él no cesa de hacer maravillas con la pequeñez de su esclavo.

Una persona conversa es la que sabe cantar el Magníficat, componer el Magníficat, con los elementos de su propia experiencia existencial.

La Autoestima es algo connatural a la conversión.

Descubrirme a mí mismo como amado de Dios, instrumento de su amor para con los demás, y llamado a una perfecta unión de amor con Él, y en Él con todas las criaturas, es fruto propio de una auténtica conversión.

Todo el que sabe cantar el Magníficat a partir de su propia vida, irradia alegría, contagia alegría y paz.

2) **Dios me espera para ser el Absoluto de mi vida, el único capaz de saciar las hambres más profundas de mi existencia, y enseñarme a ser fiel a mí mismo.**

Cuando Dios es mi Absoluto, aprendo a relativizar todas las cosas de la vida; y a valorarlas en tanto en cuanto me ayudan a crecer según Dios.

Todo cuanto me lleva a Dios es bueno, y malo solamente lo que me pueda apartar de Él.

Nadie puede vivir sin un absoluto que dé estructura, consistencia, sentido y fruto a su vida.

Todo el que ha encontrado su absoluto en Dios, jamás se verá esclavo de falsas concepciones de la vida y de la persona humana.

3) **Dios me espera en los últimos de este mundo, en los más pequeños y desfavorecidos de esta historia humana, con los que ha querido revelarnos lo mejor de sí y de su obra de salvación universal.**

Los últimos como lugar teológico, y muy especialmente como lugar evangélico, es una fuente de gracia en la conversión a Dios.

Los últimos de la sociedad y de la historia nos comunican quién es Dios para el hombre y quién es el hombre para Dios: *Lo que hicisteis a uno de esos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 31-46).

El mismo Jesús ocupó el último lugar (Fil 2, 5-11). Todo el que ha hecho una clara opción por *el último lugar*, se identifica con Cristo y entra con Él en la Voluntad Salvífica Universal de Dios.

Antonio López Baeza,
Archena, 2010